

ciudades inmediatas, Belén y Thecua sin duda se armaron y declararon guerra para decidir cual de ellas poseería la reliquias de aquellos anacoretas. Esto nos demuestra de cuan antiguo se profesa veneración á las reliquias de los santos. Afirma Casiano que esos religiosos vivían cerca de Thecua, lo cual hace suponer que las actuales ruinas son de las antiguas viviendas de esos mártires.

En la época de las Cruzadas los cristianos de Thecua, que habían adquirido nuevamente cierta importancia, enviaron auxilios á los latinos durante el sitio de Jerusalén. El rey Fulco cedió la ciudad á los canónigos del Santo Sepulcro en cambio de Bethania, donde su esposa, la piadosa reina Melisenda, fundó á mediados del siglo XII un convento de benedictinas del que fué abadesa su hermana menor Iveta. Pocos años después los caballeros del Temple que habían auxiliado á los habitantes de Thecua fueron sacrificados por los sarracenos y la comarca se vió cubierta de sus cadáveres.

Los cristianos tenían en Thecua una iglesia grande y hermosa, cuyas ruinas pueden todavía contemplarse, siendo una prueba de que reinó algún día la presencia del cristianismo y de la civilización en estos desiertos, de los cuales uno y otro han sido desterrados. El vestigio más notable de aquellas ruinas es una pila bautismal de pórfido rojizo de un metro y treinta centímetros de diámetro por un metro y diez centímetros de profundidad. De figura ochavada tiene esculpidas cruces en varios de sus lados. Dícese que fué edificada la iglesia por Santa Elena. Al nordeste y en la cumbre de la colina algunos paredones de piedra son restos, según se cree, de una ciudadela; en un sillar se ven las armas del Temple.

Cruzando colinas y valles pedregosos, escarpados, abiertos en todas direcciones, llégase á un espantoso barranco por el cual corre en la estación lluviosa un torrente que lleva sus aguas al mar Muerto, el cual no es más que una gran cañada en la cordillera que se extiende al Sud que los árabes llaman Djebel-Khalil, ó sean los montes de Hebrón. Vénse á la izquierda aljibes y ruinas, que en los primeros momentos no bastan para distraer la atención del viajero, absorto como está por la gravedad del desierto. El valle es muy angosto; los peñascos se levantan verticalmente y enormes peñascos se sostienen casi en el aire como próximos á desplomarse, alzándose otros cual aislados torreones sobre una base débil, como á pique de rodar al fondo de los abismos. En varios puntos ábrense algunas cavernas cuya profundidad nadie ha sondeado; acrecentando el pavor que infunden estos parajes donde reina un horror eterno. Una hay, colocada sobre horribles precipicios, que es

generalmente tenuta por la de Odollam ó Adullam, mencionada en la Biblia; dásele el nombre de *El Laberinto*; los árabes la llaman *El-Maama*, que quiere decir el escondrijo.

Llegar hasta la hendidura que le sirve de entrada no es empresa fácil ni desprovista de peligros.

«La entrada de dicha caverna es dificultosa, escribe un ilustre viajero. Mientras nos dirigíamos, continúa, á la derecha por una escarpada pendiente, dos beduinos armados de espingargas salieron de otra cueva próxima á una fuente, y se brindaron á servirnos de guías. Ayudáronnos á trepar por las breñas y á salvar el último barranco que nos separaba de la entrada. Este paso es muy expuesto, pues hay que saltar de una peña á un agujero bajo que da entrada á la caverna. Más adelante se encuentran varios corredores que por diferentes direcciones afluyen á una espaciosa sala de elevada bóveda, donde se ven puertas abiertas en la peña, columnas, bóvedas y aljibes; todo tan regular que parece obra humana.

»Cuando los beduinos hubieron encendido las hachas que llevábamos en tanto que llegaban los compañeros, resolvimos visitar el interior, y tomando cada beduino una hacha en la una mano y una pistola en la otra, después de asegurarse de que no había ninguna fiera oculta, guiáronnos á una abertura tan baja que es preciso agacharse para pasar por ella, indicándonos que les siguiésemos. Uno de ellos pasó primero, luego yo seguido de otro árabe, y así avanzamos largo rato sin poder levantarnos, hasta que llegamos á un lugar más espacioso, donde hice seña á los beduinos de que aguardasen á los compañeros, á quienes llamé distintas veces, primero con voz regular, y luego en tono grave. Pronto me convencí de que me habían dejado entrar solo. Fácil era calcular las consecuencias de semejante cobardía: encontrábame en las entrañas de la tierra con dos beduinos del desierto á quienes nunca había visto, y sólo ellos conocían la salida del laberinto: iban armados, y yo no llevaba nada para defenderme. Podía suponer cuando menos que los compañeros me aguardaban á la entrada; mas ni aun habiase tomado esta precaución; y si yo no hubiese salido, ¿hubieran tenido valor para buscarme en un lugar que no conocían, cuando podían presumir que estaba en compañía de malhechores? En todo caso, al anochecer se hubieran visto precisados á partir. Sin duda no hicieron todas estas reflexiones; yo las hice por ellos, ó antes por mí, y eché de ver que mi posición no era por cierto muy tranquilizadora. Retroceder hacia el boquerón por donde entramos, de nada me hubiera servido, y por el contrario hubiera sido mostrar cobardía en presencia de hombres

que la desprecian en alto grado y tienen en mucho á un franco. Así que me dirigí á los beduinos, y les dije: *Ru, ru*, adelante, adelante. A mí al rededor veía en todas partes grietas y hendiduras espantosas por su profundidad; las hachas que llevaban los guías iluminaban aquellos abismos con un resplandor fatídico. A medida que adelantábamos, ora trepando peñas, ora bajando profundidades, á cada nuevo obstáculo decía *Ru, ru*, y los beduinos contestaban: *Bravo, signor, bravo*, y continuaban adelante. Yo me había grangeado su confianza, y los hubiera hecho andar hasta el centro de la tierra: eran los dos beduinos más afables que cabe imaginar.

»Habiendo llegado á un sitio en que pudimos sentarnos, les hice seña de que se acercasen para descansar. Uno me tomó la mano, y estrechándola dijo: *Bravo Signor*; y yo le acaricié como hubiera podido hacerlo con un niño. Sonrióse mostrándome las hileras de blancos dientes que dan á los árabes una expresión de fiereza siempre que abren la boca; y por un movimiento involuntario retiré la mano.

»En este subterráneo reina un calor excesivo; el suelo está cubierto de una gruesa capa de polvo. Los guías examinaban con cuidado las cavidades, y nunca permitían que yo fuese solo adelante ni atrás, por temor de algún percance; nunca soltaban las pistolas, y lejos de quererme mal, estaba convencido de que hubieran arriesgado su vida para proteger la mía. La situación se prestaba á pedirme un *bakchis*; ello es empero que yo ni siquiera llevaba dos cuartos: esta precaución, sugerida por una antigua reminiscencia de Lafontaine, la tomaba siempre que temía verme expuesto á algún mal encuentro.

»Por último, después de divagar largo rato por este monte, llegamos junto á un anchuroso pozo que vimos abierto á nuestros pies. No había otro paso; los beduinos se detuvieron y mostrándome el abismo me dijeron: *Mapisch*, no hay más.» Una hora ó poco menos se emplea en la exploración; á la sima ó pozo en que concluye no se sabe que haya bajado nadie, y por lo mismo ignórase á donde conduce.

La soledad y aspereza del desierto de Eugaddi no bastaban ya á amparar á David, acosado por la implacable saña de Saul, y fugitivo buscó albergue en la cueva de Odollam; al saberlo, sus hermanos y deudos corrieron á su lado para defenderle, en número de unos cuatrocientos, y allí, á poca distancia de su pueblo natal, pudieron mantenerse y evitar la persecución de sus enemigos.

Leemos en la Escritura que habiendo ido David, donde estaba el tabernáculo y se hallaba Aquimelech, el gran sacerdote, éste al verle, quedó sorprendido y le dijo: ¿Cómo es que vienes solo y sin

que nadie te acompañe?» David le respondió: «El rey me ha dado una orden, diciéndome: Nadie sepa por que yo te envío, ni lo que te mando. Por eso he convocado mis gentes en tal ó cual lugar. Ahora, pues, si tienes algo á mano, cinco panes, ó cualquiera otra cosa que hallares, dámelos.» El gran sacerdote respondiendo á David, le dijo: «No tengo á la mano panes ordinarios, sino únicamente pan santo y reservado á los sacerdotes; sin embargo, de él os daré con tal que tus gentes estén purificadas, especialmente por lo que respecto á las mujeres.» David replicó: «Por lo que respecto á mujeres no nos hemos acercado á ellas desde que salimos, y nuestros vestidos estaban también purificados. Verdad es que ha habido alguna impureza legal en el camino, pero hoy serán purificados antes de que coman el pan que tú nos has de dar.» El gran sacerdote le dió, pues, pan santificado, pues que no tenía otros que los panes de la proposición, que habían quitado de la presencia del Señor para colocar allí otros calientes. Se hallaba allí aquel día, dentro del tabernáculo del Señor, un cierto hombre, criado de Saul, que se llamaba Doeg Idumeo, el más poderoso de los pastores de Saul. Y dijo David á Aquimelech: «¿No tienes aquí á mano una lanza ó una espada? Pues no he traído conmigo ni mi espada, ni mis armas, porque estrechaba la orden del rey.» El gran sacerdote le contestó: «Aquí tienes la espada de Goliath el filisteo, á quien diste muerte en el valle del Terebinto, en otro tiempo de la Encina y que fué consagrada al Eterno; envuelta está en un paño detrás del epoph; si la quieres, llévala; no hay otra más que ella.» David le contestó: «¿No hay otra tal como ella? Dádmela.»

Sin duda David no hizo bien en disimular, y mucho menos en mentir, para lograr del gran sacerdote los víveres y la espada. El mismo va á reconocer pronto su falta. Sin embargo, no debía él prever que Saul castigaría al gran sacerdote tan cruelmente como lo hizo, por una acción no solamente inocente, sino laudable, pues que fué alabada por Jesucristo en su Evangelio.

Levantóse, pues, David, y huyó aquel día de la presencia de Saul, y fué á Aquis, rey de Gath, creyéndose que allí podría estar seguro. Pero los oficiales de Aquis le dijeron: ¿No es este David, que es como el rey de aquel país? ¿No es este á quien cantaban en las danzas públicas: Saul ha herido á mil y David á seis mil?» David recogió estas palabras en su corazón, y comenzó á temer extremadamente á Aquis, rey de Gath. Y demudó su rostro delante de ellos, y dejábase caer entre las manos de ellos, y se daba por los póstigos de las puertas, y le corría la saliva por la barba. Y dijo Aquis á sus criados: «¿Habéis visto

un tal mentecato? ¿Por qué le habéis traído á mí? ¿Nos faltan acá locos, que habéis traído á éste á hacer locuras en mi presencia? ¿Entrará éste en mi casa?

Libre David de este peligro, se refugió en la cueva de Odollam, en el país de Judá. Sus hermanos y toda la casa de su padre llegaron á saberlo y fueron á buscarle. Y todos los que estaban angustiados se juntaron á él, haciéndose él su caudillo. Eran como unos cuatrocientos. De allí partió David á Mapha, que está en el país de Moab, y dijo al rey de Moab: «Te ruego queden contigo mi padre y madre hasta que yo sepa la voluntad del Señor por lo que á mí respecta.» Y los dejó cerca del rey de Moab y allí permanecieron todo el tiempo que David estuvo en la fortaleza de Maspha.

Cierto día, al regresar Saul á la cabeza de tres mil hombres de una expedición contra los filisteos, quiso Dios que dejando acampada su hueste en las cercanías, entrase casi solo en la cueva de Odollam, y confiado y sin recelo se entregó al sueño. Mirándole estaban ocultos David y sus parciales, y éstos dijeron á aquél: «Llegado es el día por Jehová señalado cuando dijo:—En tus manos pondré á tu enemigo para que hagas con él lo que bien te pareciere.» David, empero, contuvo á los suyos, y se limitó á cortar, sin ser sentido, la orla del manto de Saul; y cuando éste, dejado el sueño, salió ileso de la cueva y reunido otra vez á los suyos se alejaba, gritóle el magnánimo joven mostrando en la diestra la conquistada prenda: «Rey y señor mío, el Señor te ha puesto en mi poder en la cueva, y aunque tuve el pensamiento de matarte, te perdoné por no extender la mano contra mi rey, que es el unguido de Dios. Juzgue él entre tí y yo.» Y dicho esto treparon David y los suyos á lugares más seguros.

En la misma cueva estuvo atrincherado David como en asilo inexpugnable cuando los filisteos ocuparon á Belén; y de ella salieron los tres valientes que para satisfacer el deseo expresado por su caudillo, no vacilaron en atravesar las líneas enemigas y en ir por agua á la cisterna inmediata á la puerta de la ciudad.

A pocos pasos yacen desparramadas por el suelo confusas ruinas. Dificilmente se comprende la idea que se tuvo al construir viviendas en estos lugares. Vénse aquí restos de torres, de fortificaciones, probablemente de una iglesia, y un aljibe bien conservado. La ciudad de Odollam tomada por Josué era habitada por un rey, nos dice la Escritura. Por mezquinos que hubiesen sido los reyes de aquella época, es difícil suponer que esas ruinas hayan sido nunca la capital de un reino; es más probable que fuesen una fortaleza ó un monasterio, y los presuntos

restos de una iglesia revelan que este sitio ha sido habitado por cristianos. De la ciudad de Odollam se hace frecuente mención en los libros santos. Cuando los hijos de Jacob vendieron á Josué, Judas fué á dicha ciudad á casa de un pastor llamado Hiram, y casó con una cananea llamada Sué, conforme leemos en los primeros versículos del capítulo XXXVIII del Génesis: «Judas separándose de sus hermanos, se hospedó en casa de un vecino de Odollam llamado Hiram. Y vió allí á la hija de un cananeo llamado Sué: y casóse con ella.»

Judas Macabeo condujo su ejército á Mitspa para implorar el auxilio divino por medio de sacrificios, dirigiéndose después en busca de sus enemigos con resolución de atacarlos al día siguiente. Habiendo sabido entonces que Gorgias con una división de cinco mil hombres trataba de sorprenderle, aprovechó tan oportunamente esta noticia, que alcanzó una victoria completa; pues sacando partido de la ausencia de Gorgias cargó con tal fuerza el ejército de los sirios, que les mató tres mil hombres, quedando dueño del campo de batalla y del bagaje de los enemigos. Gorgias buscó en vano el ejército judío, al cual suponía retirado en las montañas, y al retroceder vió que el campamento de los sirios estaba ardiendo; á cuyo espectáculo se aterrorizaron sus tropas de modo que tirando las armas echaron á correr. Judas los persiguió, y después de haberles muerto seis mil hombres más, condujo su gente al campamento enemigo, hallando entre el botín el dinero destinado para comprar prisioneros judíos. Esta victoria tan brillante fué obtenida en viernes, y Judas destinó el día siguiente, sábado, para dar gracias por los beneficios de que Dios acababa de colmarlos. La ciudad donde Judas Macabeo celebró el sábado con su ejército después de haber derrotado á Gorgias, fué Odollam.

En el mismo punto se hallaba David cuando teniendo sed manifestó deseos de beber agua de la fuente de Belén: la escritura dice que estaba en una fortaleza junto á la caverna de Odollam.

Siguiendo el camino, á unos seis kilómetros de Belén y á otros tantos del Ued-Urthas, que se deja á la espalda, álzase á la derecha la aislada y cónica eminencia, que es la cima del Monte de los Francos llamado por los árabes Djeb-el-Furcidis, *Monte del pequeño Paraiso*.

La parte superior de la montaña es preciso subirla á pie. Al llegar á la cima se ve que está hueca como el cráter de un volcán, y por tal la tomó Clarke, quien sólo vió este monte de lejos; interiormente está la montaña atrincherada con una gruesa pared que con las arenas y los restos del exterior forman un ancho parapeto sobre el cual puede uno pasearse cómodamente. Excavada interiormente en forma de anfi